

==== Capítulo XXVI ====

Tardé un par de días en reunir la fortaleza suficiente para llevar a cabo la... pequeña investigación.

Para nada estaba afectado por la primera incursión, desde luego. Solo necesitaba una mayor dosis de concentración. Necesitaba condiciones óptimas para aquello.

Para hacer hablar a una marioneta.

Digamos que los sentidos de los caídos están muy desmejorados. Yo no solía prestarle atención al habla, me bastaba con una vista lo bastante aguda, y el oído. Ambos se iban emborronando con el tiempo, pero servían para lo que hacía falta.

No obstante, ahora necesitaba la voz. Y la verdad es que hacer hablar a una marioneta necesita mucha, mucha más concentración.

El cuerpo alto y fortachón caminó por la concurrida calle principal de la aldea. Un pañuelo le cubría los desgarros de la garganta, lo que lo había matado. Por lo demás, solo un rostro ligeramente cetrino indicaba que no era normal; aún estaba muy fresco, al fin y al cabo.

La calle estaba tan concurrida porque era día de mercadillo. Era ese día tonto en que los aldeanos sacaban sus cosas sobrantes y las intercambiaban con cosas que les interesaban y les sobraban a otros.

A través de sus ojos buscaba a alguien concreto.

En realidad buscaba a Rōryan, una especie de... de alguien como yo. Mi reflejo. Mi otro yo, como sea que se le quiera llamar.

Mi inconsciente, feliz y arrogante gemelo.

Pero no tenía muchas esperanzas de verlo. El hombre había dicho «no esperaba verte tan pronto», lo que implicaba que no estaba por allí. Eso me aliviaba bastante.

No lo quería cerca, ahora que sabía dónde localizarlo, más o menos. En realidad,

~ 1 ~

incluso a aquella distancia me sentía inseguro, en peligro.

¿Dónde debía estar, a fin de cuentas?

«Quizá está cazando», pensé, y eso me preocupó, porque quizá estaba más cerca de lo que creía.

Traté de concentrarme.

No, no encontraría a Rörýan, pero sí podría dar con otra persona.

Y lo encontré.

El hombre. Mi padre.

Llevaba al hombro un zurrón, con lo que supuse serían las cosas para intercambiar. Bueno, no intercambiaría nada: tenía otros planes para él.

Hice que la marioneta avanzara y tropezara con el hombre, que casi cayó al suelo. Mi juguete lo doblaba en envergadura.

—¡Cuidado! – Exclamó, y cogió... de alguna manera, *me* cogió del brazo—. Ah, es usted, joven...

No me reconocía a mí, claro. Reconocía a la marioneta que lo había derribado aquella primera vez en que me vio... No, creyó ver a su otro hijo, el tan querido Rörýan.

Apreté los puños y traté de no perder la concentración. Aquello era importante.

Oh, muy importante.

—Hgrm... —Hice que el cuerpo... bueno, gruñera.

—No es la primera vez que nos topamos. —Mi padre sonrió, cordial y confiado, aunque no soltó el brazo de la marioneta—. ¿Es que quiere algo de mí?

No, no iba por ahí la conversación que quería tener con él.

La marioneta sacudió la cabeza con un nuevo gruñido. Dio un par de pasos alejándose de mi padre, dándole la espalda con movimientos pesados, lentos, como si le costaran.

Luego hice que se volviera otra vez.

«Habla», ordené. «Dilo».

Guié los hilos para que formara dos palabras en tono lento, demasiado ronco, pero aceptable aun así.

—El chico... —pronunció en algo parecido a un gruñido.

Creo que mi padre dio un respingo, y su mirada se veló de tristeza.

—Ah, sí —respondió—. Vaya, por lo visto me equivoqué. Naturalmente debí suponerlo. Creí ver a mi hijo cerca de usted, joven, pero no podría ser él. Röryan está lejos ahora mismo.

No siguió.

«¿Dónde?», me pregunté, mordiéndome el labio inferior. «¿Dónde está él?».

—¿Grrmmm...? —gruñó la marioneta.

—¿Disculpe?

—Chicccjjj...

La lengua se le trabó. Contuve las ganas de cortar la conexión y abandonar esa estúpida marioneta ahí mismo; llamaría demasiado la atención.

Por suerte la torpeza de ese juguete en concreto sirvió de algo, porque mi padre se aproximó un poco.

—¿Se encuentra bien, joven? —preguntó.

Hice que sacudiera la cabeza. Los mechones de pelo castaño le golpearon las mejillas; era una sensación rara, yo lo sentía y no lo sentía al mismo tiempo, como si fuera una información muy vívida, parte de mi imaginación.

—Ya lo veo, está cetrino —prosiguió mi padre—. Será mejor salir del sol y tomar algo caliente, joven. Venga, lo acompañaré a la taberna.

Por supuesto, aquello era lo que me interesaba. Dejé que el hombre guiara a mi marioneta hasta un antro oscuro y pequeño, donde pidió una mesa, un caldo y unas bebidas.

Ignoraba qué problema se pensaba que tenía mi juguete. Que estaba muerto no, eso seguro.

—Tome un poco —pidió mi padre, alargándole un vaso cuando la tabernera los trajo—. Le sentará bien.

Hice que mi juguete lo cogiera y se lo llevara a los labios, pero era estúpido hacerle beber. De hecho, no había conseguido aún que mis marionetas tragan.

Me pregunté cómo abordar el asunto. Con la poco útil lengua del cuerpo que controlaba era bastante difícil preguntar nada.

Bueno, no hizo mucha falta. La tabernera se acercó por segunda vez y miró a mi padre con amabilidad, y, ¿era acaso un pestañeo coqueto? Por algún motivo eso me ofendió.

—¿Sabes algo de Rörvan? —preguntó la mujer.

—No desde la última carta, Rose —suspiró el hombre—. Debe de estar muy ocupado.

—¡Qué gran chico! Con lo mucho que se esforzó por conseguir el puesto, estoy segura de que lo está dando todo por ser el mejor de la Academia.

No entendía nada, y eso me hacía enfadar.

Gran chico, ja. ¿Dónde estaba esa Academia? ¿Qué puesto?

Alguien llamó, y la tabernera se fue con una última sonrisa.

«Ahora».

—¿Chico...? —hice que preguntara la marioneta, con voz ronca pero, al menos, sin trabarse.

Mi padre lo miró y sonrió. Ahora sí lo veía: era una sonrisa triste pero orgullosa, una mezcla extraña.

—Sí, Rörvan —asintió—. Es un chico maravilloso, ¿sabe usted? Todo el mundo en la aldea lo conoce y lo aprecia, ¡y no hay para menos!

Hablaba de él como si no hubiera nadie mejor en el mundo.